

EL DUENDE

AÑO I. Núm. 43

Nueva Helvecia, Domingo 11 de 1917

Periódico independiente, defensor de los sagrados intereses del pueblo :-

CUESTIONES AMOROSAS

Un Tenorio local

Hay un refrán quedice «lo prometido es deuda» y como prometimos en el número anterior publicar algo sobre conquistas amorosas, ahí va eso:

Encontrábame días pasados en uno de los cafés de este pueblo, cuando un señor algo maduro en años, le decía a otro que según parece tenía mucha confianza:

—Tú sabés quién soy yo para esas cosas de conquistar corazones; puedo considerarme, apesar de mis años, como uno de los tenorios más empedernidos de este pueblo.

—No lo pongo en duda, pues te conozco hace ya mucho tiempo.

—Mira ¿ves ésto? —mostrándole un paquete que contenía caramelos.

—¿Y eso qué significa?

—Te lo voy a explicar para mañana u otro día que estés en mi caso: Cuando tengas en perspectiva una conquista amorosa debes de ir munido de un paquetito de caramelos surtidos y cuando te encuentres en un momento difícil sacas un caramelo con el mayor disimulo y obsquias con toda galantería a la dama con quien estás de partiendo.

—¿Y eso da tanto resultado como dices?

—Lo tengo probado muchas veces, porque creo que

los caramelos endulzan las palabras.

—Pero que habías sido político!

—Qué quieras, porque tú sabes

Que desde mi edad primera siempre he sido un calavera; y hasta después que muera... .
¡calavera!

Después de este diálogo despidieronse los dos amigos, aprovechó la obscuridad de la noche para convencerme de si era simplemente una «parada» la del hombre enamorado, o si era efectivamente cierto lo de la conquista; más pronto pude convencerme que era realidad.

Paróse de pronto en su marcha, miró a un lado y otro a fin de convencerse si era observado por algún curioso, y al no ver a nadie dió unos golpecitos suaves en la puerta con los nudillos de los dedos.

Franqueóscle al momento la entrada, y previos los saludos de práctica le dijo de esta manera:

Mi pasión es sincera te repito sin cesar; quisiera convertirme en cera, pero cera de verdad.

Si en cera me convirtiera serviría para alumbrar, pues es lo que yo quisiera, ser la cera de verdad.

Sería un caso notorio puesto que nadie lo duda que en este momento suda el presente Juan Tenorio.

Las colaboraciones deben enviarse a esta dirección: El Duende, Nueva Helvecia, depositándose en el correo.

—Pero qué versos tan lindos se habría traído!

—Y eso que tengo algunos otros para mañana. ¡Tomá un caramelo, mi vieja; a propósito, ya que estoy aquí, te voy a aconsejar que dejes de una vez a ese «ramón», que yo sé de positivo que te tiene para la farra.

—No crea, mi viejo; él me quiere con locura, pero sí que no es tan político como usted.

—Pero «santita», si estas palabras me salen del fondo del mismo corazón! ¡Tomá otro caramelo!

Mi vida es muy triste, me mata el dolor; sólo en tus miradas consuelo hallo yo.

Te diré, lector, que una vez oído todo esto no quise oír más; me «largué» de puntillas del lugar de la conquista, envidiando al hombre que empleaba tanto el verso como la prosa y los caramelos, para sus difíciles empresas, diciendo para mis adentros: ¡quién fuera él!

¡Ah, toro!

K. RETA.

Un buen consejo

El domingo tuvimos la oportunidad de ver lucir sobre alguna cabeza el popular rauchito.

Esta noticia se comprende que no tiene nada de parti-

cular para el lector; pero para nosotros tiene, y mucha.

Mi amigo y compañero «Rulito» se permitió en el número pasado hacer observar que había visto a un señor «elegantemente» vestido, representando a las dos estaciones, o sean, invierno y verano; es decir los dos puntos opuestos.

Yo, se comprende, que no voy a contradecir a mi amigo, por aquello de lo «que se ve no necesita candil» pero si le haré observar, que antes de abrir la boca debía haberse acercado a dicho señor, y preguntarle:

—Dígame, ¿que ropa interior lleva? —De invierno, de primavera, de verano o de otoño?

Entonces el señor aludido le hubiera puesto al tanto de las interioridades, del vestir y hasta se podría haber dado el caso de representar de una sola vez a las cuatro estaciones del año.

En consecuencia lo único que podría haber sucedido, es que el amigo Rulito hubiera concluido por convenirse de que el señor de referencia no era simplemente más que un hombre previsor. Porque veímos que tan pronto hace una temperatura fría como calida, y porque todos sabemos que el hombre prevenido vale por dos, en el de mediana estatura se comprende; pero en el aludido, valdría por lo menos, tres y medio a juzgar por la longitud.

Ahora si me he convencido que estamos casi en el verano, porque al salir a luz los populares ranchitos con algunas verdades, de esas

verdades que ofenden, pero que nosotros no tenemos por quen ni debemos callar. Hemos aparecido para decir las cosas claras, sin máscara de ninguna especie; ¿ofenden o no ofenden...? Esto no preguntamos, tan solo queremos que sea nuestra palabra «la verdad».

Conque, amigo «Rulito», no te metas en camisa de once varas, porque no va a ser chica la «pateadura» que te das a ligar. Te aconsejo para otra vez que te fijes primero antes de ponerte a escribir lo que no sabes.

K MARRERO.

La moral de un periodista

Si así es su predica...?

Sabido es que la prensa es la tribuna desde donde se debe predicar con mayor ahínco la moral, pero hay algunas personas, que no sé si será porque no conocen la delicada misión que impone esta árdua tarea, o porque no existe moral en su propia persona, que han puesto de manifiesto la falta absoluta de ella.

Nos referimos a un colega nuestro, a un vanidoso periodista, que muy lejos de tener condiciones de tal, se ha puesto al frente de un periódico, el que lejos de ser un baluarte de defensa del pueblo, es un defensor de intereses personales, que grita a voz en cuello cuando a algún funcionario se le exige la renuncia de su puesto.

Ese mismo señor, que tiene vanas pretensiones, mira con mala cara a nuestra hoja, porque quizás en medio de nuestras bromas hemos dicho que de por acá se reia de mí y me llamaban el «canario».

Dispuesto estamos a contrarrestar cualquier ataque que se nos diriga, como también, dispuestos estamos a dar cualquier satisfacción que se pida de nuestros escritos.

Aquellas personas, que al pequeño canillita que se dispone a vender nuestra hoja, le contestan con palabras inmorales e indignas de repetirse, a su tímida voz que pregunta su mercancía, les diremos nosotros, que apesar de usar pseudónimo bien conocidos somos de esa persona; que nos dirija la palabra, que nos hable como al canillita; y entonces si podrá contar su gracia con saúsfacación el insolente.

Esperamos que algo dirá Rulito.

Un pezquizante bárbaro

No sé si ustedes sabrán que yo antes de venir al pueblo era de afuera. Cuando llegué a este lugar donde ahí muchas casas juntas que le llaman pueblo, me pegué un sustazo viejo bárbaro al ver ciertas cosas que por allá no las había visto nunca. Toda la muchacha de da de por acá se reia de mí y me llamaban el «canario». Bueno, todo esto pasaba

lindazo no más; pero un día, «apunte» y hasta se han per-
y esta fué la peliaguda, se mitido decirle en sus mismas
me acerca un personaje, narices que no sea tan pavo.
grueso, alto y con mucha ca-
ra de malo. Me preguntó qué
era lo que yo andaba haciendo
por allí. Le contesté bas-
tante asustado que andaba
bombeando una linda terne-
rita que por allí había visto.

El hombre se me enojó y
me quiso exigir a que le con-
testara otra cosa que a él
no se le engañaba.

Yo que ya no podía ni ha-
blar del susto que tenía, le
manifesté, que no le engaña-
ba, que lo que le decía era la
verdad. Me atreví a pregun-
tarle quien era él, y me con-
testó con un tono de matón,
que él era un pesquisante, y
por tal motivo me podía pre-
guntar todo lo que a él se le
diera la gana y que si rehu-
saba a contestarle, me lleva-
ría al calabozo.

Y en el momento que este
señor me hablaba, veo que
la ternera a quién le largaba
yo el pial, asomó la cabeza
por el portón, pero tuve que
perder la bolada.

Es un pesquisante bárba-
ro . . .

K. NARIO.

Objeto extraviado

Se ha extraviado de sus
facultades mentales, un hom-
bre que tiene por costumbre
enamorarse hasta de su som-
bra.

Según informes que po-
seemos y que nos merecen
entero crédito, ello es debido
a que las niñas de esta loca-
lidad, a quienes hace el
amor a todas de una vez, pa-
rece que no le llevan el

ro porque me muero de frío.
El guardia.—Sepa usted
que eso no se le permite a
nadie.

La persona que se haya
encontrado dichas facultades
mentales la rogamos quiera
devolverlas a la redacción
de EL DUENDE, como quiera
que estén, pues de las repa-
raciones consiguientes se
encargará el conocido mecá-
nico

VEN T. V. O.

IMPORTANTE!

Orador. con algún tiem-
po de práctica
ofrece sus servicios profesio-
nales a precios mórdicos.

Especialidad en discursos
leídos para veladas, mati-
nées, banquetes, bailes, etc.,
etc. No emplea mimica por-
que considera esta manera
de accionar como un abuso
de confianza

Al mismo tiempo creemos
conveniente hacer constar
que atiende pedidos para
campaña, los que se harán
por comisiones nombradas al
efecto.

Cualidades excepcionales
del orador; cuando pronuncia
un discurso sonríe continua-
mente a la vez que muestra
los dientes.

Por informes y demás, di-
rigirse a la redacción de EL
DUENDE.

CHISTES..... O LO QUE SEAN

En el calabozo

El detenido, llamando al
guardia.—Dígale al comisa-
rio que me traiga un brase-

ro porque me muero de frío.
El guardia.—Sepa usted
que eso no se le permite a
nadie.

Detenido.—Bueno, dígale
entonces que venga a darme
algunos consejos para ver si
me hace entrar en calor.

Entre amigos

—Cuántas veces has esta-
do en Colonia?

—Creo que cinco.

—¿Y qué tal te ha gustado
mucho?

—Hombre, no sé porque
no la he visto.

—Y eso?

—Porque todas las veces,
que he estado ha sido en la
cárcel.

—No te creí tan malo.

—No he cometido más del-
itos que el de «desacato» a
la autoridad, porque este es
un recurso muy conocido de
cierto personaje y el que lo
emplea con demasiado fre-
cuencia.

Nota: Si tú, lector amigo, no
encuentras la gracia a estos
chistes, te recomiendo que
los agites antes o después de
usarlos.

K. Nonazo.

Perdonadle, señor

Amado lector, habrás no-
tado, en la fecha de nuestra
hoja, un error, ¿verdad? Sa-
bes quién es el culpable de
ello?; el tipógrafo; que pen-
sando en no se que otras co-
sas, se olvidó de cambiar la
fecha.

Pero yo te pido señor lec-
tor, que le perdone.

K BALLO.